

WIELAND EL HERRERO

4º

Wieland con los enanos

El gigante de poderosa complexión Wadi no era un héroe de guerra, sino que vivía pacíficamente en sus granjas en Selandia. Tenía un hijo llamado Wieland, que ya en su infancia se distinguió por su gran habilidad. Por eso, Wadi decidió hacerlo herrero. Ahora bien, había oído hablar de un herrero llamado Mimir en Hunenland, que era alabado como el más hábil de todos los hombres. Así que Wadi viajó hasta donde él y puso a su hijo en manos de Mimir, para que le enseñara el arte de forjar armas.

En esa época, el fuerte joven Sigfrido (Sigurd) se encontraba con Mimir, y este les hacía mucho mal a los oficiales herreros, los golpeaba y maltrataba. Cuando le informaron a Wadi que su hijo sufría las malas acciones de Sigurd, fue allá y se lo llevó de vuelta a casa, a Selandia.

Wieland había estado tres inviernos con Mimir, había aprendido a forjar excelentes yelmos y espadas, y ahora se quedó un invierno en casa. Su arte le gustaba a todos, y era el más hábil de todos los herreros en Selandia.

Pero su padre Wadi quería convertirlo en el más famoso de todos los herreros artísticos y se enteró de dos enanos que vivían en una montaña llamada Kallava. Estos enanos no solo entendían de forjar armas y armaduras, sino que también fabricaban toda clase de joyas de oro y plata, tan artísticamente como ningún otro hombre sobre la tierra.

Entonces Wadi buscó a los enanos con su hijo. Cuando llegó al Grönasund, no encontró ninguna barca que lo cruzara por el agua, a pesar de esperar allí mucho tiempo. Por lo tanto, tomó al muchacho, lo subió sobre sus hombros y vadeó a través del agua. Y tan grande era Wadi que no se hundió, aunque el agua tenía nueve codos de profundidad. Llegó felizmente a la orilla y se encontró con los enanos, con los que llegó al acuerdo de que tomarían a Wieland consigo durante doce meses y lo instruirían en todas las artes y oficios. A cambio, recibirían una marca de oro, y en el acto.

Como los enanos estuvieron de acuerdo con eso, les entregó la marca de oro. Luego fijaron el día en que debería venir a recoger a su hijo, y así el contrato se cerró para satisfacción de ambos y Wadi regresó a casa a través del Grönasund hacia Selandia. Pero Wieland aprendió el trabajo de herrería más fino, y era tan dócil que forjaba todo lo que le encargaban. Se volvió tan indispensable para los enanos que, cuando Wadi volvió al cabo de un año, no quisieron dejarlo ir. Por eso le rogaron al gigante que Wieland pudiera quedarse doce meses más. En ese caso, devolverían gustosos la marca de oro que habían tomado como pago por la enseñanza, y al mismo tiempo le enseñarían el doble de lo que había aprendido hasta entonces. Cuando él se marchó de allí, los enanos se arrepintieron de haber comprado tan caro el servicio de Wieland.

Por eso le dijeron al gigante que, si no volvía en el día fijado, su hijo quedaría a su merced con cuerpo y vida, y que tendrían el derecho de decapitarlo. Wadi, que finalmente quería volver a casa, también aceptó esta condición. Entonces llamó a su hijo y le pidió que lo acompañara fuera de la montaña. En este camino hablaron mucho entre ellos sobre los enanos. Cuando llegaron al páramo abierto, Wadi tomó su espada, la clavó en una ciénaga cubierta de arbustos, de modo que solo sobresalía la empuñadura, y le dijo a su hijo:

"Si no vuelvo a la hora determinada —y podría ser que alguna circunstancia lo impidiera—, entonces toma esta espada y defiéndete como un hombre si los enanos quieren matarte. No deseo que nuestro linaje diga que no he criado a un hijo, sino a una sirvienta. Pero espero con seguridad llegar en el día acordado".

Tras esto se separaron, y Wadi volvió a casa, a sus granjas. Pero Wieland volvió a entrar en la montaña y aprendió con más ahínco y mejor que antes, y antes de que se le acabara el tiempo, entendía a fondo todo el arte de los enanos. Les sirvió leal y diligentemente, y a los enanos les parecía bueno su servicio, pero estaban envidiosos de su habilidad y pensaban que no debería jactarse de ella por mucho tiempo, porque tenían su vida como prenda.

Cuando los doce meses se acercaban a su fin, Wadi decidió marcharse, porque el camino era largo y no quería llegar después del día fijado. Salió de casa, caminó día y noche sin interrupción y así llegó con tres días de antelación. La montaña todavía estaba cerrada y, a pesar de sus gritos, no se abría. Se acostó entonces en el musgo y quiso esperar hasta que la montaña se abriera. Pero estaba muy cansado por el agotador viaje. Se durmió y dormía muy profundamente bajo el viento y la intemperie, y roncaba de tal manera que se podía oír desde lejos. De repente se desató una fuerte lluvia, que parecía un milagro, pero él siguió roncando, ya que no era un débil y estaba acostumbrado a las inclemencias del tiempo. Entonces se sumó un gran terremoto, de lo alto de la montaña se desprendió un poderoso bloque de roca y se precipitó con agua, madera y escombros sobre la cabeza de Wadi, y así perdió la vida.

En el día fijado, los enanos abrieron la montaña y miraron si Wadi había venido a buscar a su hijo. Pero no apareció, entonces Wieland salió, miró a su alrededor en busca de su padre y no lo vio por ninguna parte. Dio la vuelta a la montaña y pronto encontró el lugar donde la roca se había desprendido, y descubrió que esta debía haber matado a su padre. Se le ocurrió que los traicioneros enanos podrían haber provocado el terremoto, pero vio que allí no se podía hablar abiertamente de venganza. Sin embargo, recordó lo que su padre le había aconsejado antes de separarse. Por eso se dirigió a la ciénaga boscosa donde Wadi había escondido la espada, pero esta había desaparecido por completo. Entonces le pareció que su situación era grave, porque su padre estaba muerto y él ahora estaba indefenso, expuesto a los salvajes enanos. De repente, vislumbró el pomo de la espada sobresaliendo del suelo y se alegró de nuevo. Arrancó la espada, la miró y dijo:

"¡Eh, buena espada, ¡qué necesidad tengo ya de temer nada malo para mí!"

Regresó y vio a los enanos de pie en la montaña, mirando alrededor. Rápidamente subió a la montaña y, ocultando la espada bajo el faldón de su capa, se acercó al enano que estaba más cerca y le asestó un golpe mortal, e hizo lo mismo con los otros, aunque este intentó huir. Acto seguido, Wieland entró en la montaña, tomó todas las herramientas, el oro y la plata que pudo llevar consigo, y cargó un caballo con el oro y las joyas; él mismo tomó además un gran bulto, tan pesado como podía cargar.

Con su botín se dirigió al norte, hacia Dinamarca, y caminó día y noche. Cuando había caminado tres días y tres noches, llegó al ancho y profundo río Wisara y no pudo cruzarlo. Como había un gran bosque lleno de animales salvajes junto al río, se quedó allí un tiempo y pronto descubrió que no estaba lejos del mar. Rápidamente se dirigió a la orilla del río, poblada de árboles, y derribó un árbol robusto. Luego cortó el tronco en dos, lo ahuecó y en el extremo más delgado, que iba hacia las ramas, escondió sus herramientas y las joyas; en la parte más fuerte, hacia la raíz, guardó sus provisiones de comida, y para sí mismo hizo un espacio en el medio y cerró todo tan hermética y firmemente que el agua no pudiera dañarlo en su travesía. Delante de los agujeros puso vidrio y lo arregló tan excelentemente que podía quitarlo cuando quisiera. Pero cuando el vidrio estaba puesto, el tronco quedaba tan firmemente cerrado como si estuviera entero, y no podía entrar ni una gota de agua.

El árbol yacía muy cerca del río con todos los bienes y las herramientas, él se metió dentro y lo empujó de modo que rodó con él hacia la corriente. A partir de ahí, el tronco siguió flotando hacia el mar abierto, y dieciocho días y noches flotó, hasta que llegó de nuevo a tierra.

Wieland se convierte en el herrero del rey Nidung

En aquel tiempo vivía un rey llamado Nidung, que gobernaba Jutlandia. Un día, los hombres del rey salieron al mar con redes para pescar peces para su mesa. Lanzaron las redes y las arrastraron a tierra, y la red de playa estaba tan pesada que apenas podían levantarla. Cuando revisaron, notaron que un árbol extraño y maravillosamente grande había quedado atrapado en ella. Arrastraron la captura a tierra y encontraron que el árbol estaba excelentemente labrado, por lo que pensaron que era un contenedor de tesoros. Entonces enviaron a un hombre donde el rey y le pidieron que fuera a inspeccionar el hallazgo. Cuando Nidung vio el árbol, ordenó que lo examinaran e investigaran qué había dentro, por lo que empezaron a cortarlo con hachas.

Al darse cuenta Wieland de lo que hacían, les gritó y les rogó que se detuvieran, porque había una persona dentro del tronco. Al oír la voz, pensaron que el enemigo malvado estaba dentro del árbol, se asustaron muchísimo y echaron todos a correr. Entonces Wieland abrió el tronco, se presentó ante Nidung y dijo:

"Soy un ser humano, oh Señor, y no un espectro, y me gustaría suplicaros que me concedáis paz, tanto para mi vida como para mis bienes".

Nidung vio que ante él aparecía una persona extraordinariamente hermosa y no un duende o trasgo, y aunque había llegado al país de manera misteriosa e inquietante, le concedió sin embargo paz para su cuerpo y sus bienes.

Cuando el rey se hubo alejado, Wieland tomó sus herramientas y bienes y los enterró bajo tierra junto con el tronco. Nadie se dio cuenta, excepto un caballero del rey, llamado Regin, que se había quedado atrás como espía.

Wieland permaneció entonces en la corte de Nidung y era bien recibido, pues se mostraba como un hombre hábil, cortés y servicial. Su servicio consistía en custodiar tres cuchillos que estaban sobre la mesa del rey cuando este comía. Cuando llevaba allí doce meses, sucedió que fue al mar para lavar y limpiar los cuchillos del rey. Entonces se le cayó el mejor cuchillo de la mano al mar, donde era tan profundo que tuvo que abandonar toda esperanza de recuperarlo. Afligido, Wieland regresó a casa, lleno de pensamientos pesados por la pérdida del cuchillo. "Ay de mí", se dijo, "estoy al servicio de un buen rey, que me encomendó un servicio menor, y era de esperar que, si cuidaba bien de lo pequeño, también me habría confiado cosas mayores. Pero ahora he gestionado mal el servicio fácil, y todo el mundo me llamará torpe incompetente".

La apuesta de Wieland con Amilias

En el castillo de Nidung había un herrero llamado Amilias, que forjaba para el rey todo lo que había que forjar. Wieland fue a su taller, pero no encontró a nadie allí, pues Amilias se había ido a comer con sus oficiales. Entonces Wieland se colocó junto al yunque y forjó un cuchillo exactamente igual al que había perdido, e hizo además un clavo con tres nudos y lo dejó sobre el yunque, pero el cuchillo se lo llevó consigo. Y Wieland había completado todo esto antes de que Amilias y los oficiales regresaran y antes de que el rey volviera a la mesa. Cuando Amilias llegó a la herrería y encontró el clavo, preguntó quién lo había forjado, pero nadie supo decirlo. Mientras tanto, Wieland había ido al salón, se colocó ante la mesa del rey como antes e hizo como si no hubiera pasado nada. El rey tomó el cuchillo que tenía delante, partió un panecillo por la mitad y al hacerlo cortó profundamente la mesa. Entonces el rey se sorprendió mucho de cómo la hoja se había vuelto tan afilada de repente, y preguntó a Wieland:

"¿Quién habrá hecho este cuchillo?". Wieland respondió: "¿Quién si no vuestro herrero Amilias, que ha hecho todos vuestros cuchillos y todo lo que mandáis forjar?".

Entonces el rey mandó llamar a Amilias, y este lo confirmó, diciendo:

"Señor, yo hice este cuchillo, como todos los demás aquí, pues no tenéis otro herrero que yo".

"Nunca vi una hoja tan afilada salir de tus manos", replicó el rey, "¡tú no forjaste este cuchillo!".

Miró a Wieland con mirada inquisitiva y preguntó:

"Dime, ¿hiciste tú este cuchillo?".

Entonces Wieland vaciló en su respuesta y finalmente dijo:

"Debe ser, Señor, como dice Amilias".

"Si no dices la verdad", le amenazó el rey, "tendrás mi ira".

"No quiero tener vuestra ira, Señor", respondió Wieland, "si puedo evitarlo".

Y entonces contó cómo había perdido el cuchillo y había hecho otro en su lugar.

"Ya me lo imaginaba", dijo el rey, "que Amilias no había forjado este cuchillo, nunca antes poseí una hoja tan afilada como esta".

Amilias no pudo guardar silencio.

"Es posible", dijo, "que Wieland haya forjado este cuchillo, que dicen es tan bueno, pero no puedo admitir que mi forja sea inferior. Quiero poner a prueba la habilidad de ambos antes de dejarme llamar el más incompetente".

"Solo entiendo de cosas pequeñas", respondió Wieland, "pero lo que sé hacer, no lo oculto. Haz tú una pieza, yo haré otra, entonces se podrá juzgar cuál es la mejor".

"Que así sea", gritó Amilias, "apostemos sobre ello".

"Tengo pocos haberes y bienes", respondió Wieland, "pero aun así gustosamente apostaré lo que pueda, si te parece bien".

"Si no tienes haberes ni bienes", gritó Amilias, "apuesta tu cabeza, y yo apostaré la mía. Pero aquél que sea más hábil, le cortará la cabeza al otro".

"Que así sea", dijo Wieland, "pero dime, ¿qué quieres forjar y cómo podemos probarlo?".

"Puedes hacer una espada", gritó Amilias, "tan buena como puedas, yo en cambio terminaré un yelmo y una armadura. Si entonces tu espada corta mi obra, de modo que puedas herirme, mi cabeza será tuya. Pero si tu hoja no puede hacer eso, no dudes que yo tomaré la tuya".

"Con gusto acepto", gritó Wieland, "no retires tu palabra y cumple lo que dices". "Pondré un fiador por mí", dijo Amilias, "para que no rompa mi palabra".

Inmediatamente, los dos mejores caballeros del séquito del rey se ofrecieron para ello.

"¿Y dónde están tus fiadores?", preguntó Amilias con burla.

"No sé quién podría salir fiador por mí", dijo Wieland, "pues soy desconocido aquí y nadie sabe lo que puedo hacer".

Nadie quería salir por Wieland, hasta que finalmente el rey, que recordaba el tronco excepcionalmente bien y artísticamente construido en el que Wieland había llegado a tierra, habló así:

"Yo mismo seré tu fiador, porque todo lo que has hecho está bien y hábilmente hecho".

Así, el rey salió fiador por Wieland, y los dos caballeros por Amilias, y la promesa hecha con apretón de manos a cumplir en el plazo de un año quedó así bien afianzada. Amilias fue ese mismo día con sus oficiales a la herrería y comenzó con el trabajo, que continuó día tras día todo ese tiempo. Wieland, en cambio, servía cada día en la mesa del rey y actuaba como si no se hubiera acordado nada. De esta manera pasó la mitad del año.

Sucedió entonces un día que el rey preguntó cómo pensaba Wieland cumplir su apuesta o cuándo iba a empezar a forjar.

"En cuanto me lo aconsejéis, Señor", respondió Wieland sumisamente, "pero me gustaría rogaros cortésmente que mandéis construirme una herrería donde pueda trabajar sin molestias".

Su petición fue atendida inmediatamente y se le preparó una herrería junto con herramientas.

Cuando la casa estuvo terminada, Wieland fue al lugar donde había escondido sus bienes y sus herramientas. Pero el sitio estaba revuelto, el tronco abierto y todo su contenido robado. Esto no le gustó nada al pobre Wieland, y pensó quién podría ser el ladrón. De repente recordó que un caballero había estado mirando cuando enterró el tronco. Nadie más que él podía ser el culpable, pero no sabía el nombre del caballero. Entonces fue donde el rey y le contó todo lo sucedido.

El rey se enfadó mucho por el asunto y preguntó si Wieland reconocería al hombre.

"Sin duda lo reconocería", respondió Wieland, "aunque no sepa su nombre".

Entonces el rey convocó una asamblea (Thing) y ordenó que todo hombre de su reino acudiera. Ninguno de ellos sabía qué significaba esto, pero aun así acudieron todos a la reunión en el día señalado. Cuando los hombres estuvieron reunidos, Wieland observó a cada uno para descubrir al ladrón. Pero no pudo encontrarlo y se lo dijo al rey.

Nidung se puso muy disgustado por esto y lo reprendió duramente.

"Tienes mucho menos entendimiento del que creía", gritó en voz alta, "debería encerrarte en grilletes, ya que te has burlado tan groseramente de mí. Por tu causa convoqué la asamblea, todos los hombres de mi reino han venido y aquél que supuestamente te quitó tus bienes y herramientas debe estar, pues, entre ellos, pero tú no lo reconoces, ¡tú, torpe miope!"

Enfadado, el rey se fue del lugar y todo el pueblo con él. Pero Wieland se quedó solo, apenado, le parecía muy mal haber perdido sus bienes y herramientas y haber recibido por ello la ira y el desagrado del rey Nidung.

Meditó sobre cómo podría salir de esta mala situación, y lo hizo de la siguiente manera: se dirigió a su taller, forjó con ahínco y modeló una figura lo más parecida posible a un caballero en apariencia. Un día tomó la obra de arte y la colocó en un rincón por donde el rey tenía que pasar cuando iba a dormir. Sirvió con diligencia al rey todo el día como los otros cortesanos. Por la noche, Nidung quiso ir a su cámara, y Wieland llevaba la antorcha. De repente, el rey se detuvo y dijo:

"¡Salud y bienvenido, amigo Regin! ¿Cuándo llegaste y cómo te fue con los asuntos por los que te envié?"

La figura en el rincón permaneció callada, pero Wieland habló:

"Señor, este caballero permanecerá eternamente mudo y no os responderá nada. Yo hice esta imagen según mi memoria. Así es como se ve el hombre a quien considero el culpable".

"Ciertamente no pudiste encontrar a este hombre aquí", dijo el rey, "porque lo envié a Suecia en asuntos importantes, pero eres sin duda un hombre hábil y artístico y de ningún modo un tonto, sino especialmente listo y sabio. Si Regin te ha robado, yo te devolveré tu propiedad y quiero reparar la reprimenda y la afrenta que te hice sufrir".

Poco después, Regin regresó a casa, y el rey le preguntó inmediatamente por el asunto. Entonces lo confesó y dijo que lo había hecho sólo como una broma. De esta manera, Wieland recuperó sus pertenencias. Estaba muy contento por ello y sirvió al rey con especial cuidado, y así pasaron otros cuatro meses.

Wieland forja la espada Mimung

Y cuando el tiempo fijado para la apuesta se acercaba a su fin, el rey preguntó finalmente por qué no empezaba siquiera el trabajo prometido.

"Enseguida voy a forjar," respondió Wieland, "si os parece bien y me lo aconsejáis." "Una carga pesada recae sobre ti," respondió Nidung, "pues te enfrentas a un hombre hábil pero malvado. ¡Ve, pues, a la herrería y comienza la obra!"

Inmediatamente, Wieland fue al taller, forjó e hizo una espada en el plazo de siete días. Al séptimo día vino el rey en persona a verle, y Wieland le mostró la espada, cuya filo maravilló enormemente a Nidung. Creía nunca haber visto una mejor y más hermosa. Pero Wieland le pidió al rey que fuera con él al río. Allí tomó un copo de lana, de un pie de grosor, lo lanzó al agua para que flotara con la corriente, colocó la hoja cortante en el río, la giró contra la lana que flotaba en la corriente, y he aquí que la espada cortó el copo.

"Es una buena espada," dijo el rey, "la llevaré yo mismo." "Tened paciencia, Señor," respondió Wieland, "va a ser mucho mejor aún."

El rey regresó entonces, contento, al salón; Wieland se dirigió a la herrería, tomó una lima y limó toda la espada hasta convertirla en virutas. Las tomó, las mezcló con harina de trigo y se la dio de comer a unos gansos a los que había tenido tres días sin comer. Luego tomó el excremento de las aves, lo fundió en la fragua, y así separó del hierro todo lo no endurecido. Con eso hizo una espada, más pequeña pero más afilada que la anterior.

"Esta espada es digna de alabanza," dijo Wieland, "pero vamos a probarla, pues debe convertirse en la mejor arma del mundo."

Fueron entonces juntos al río. Wieland lanzó un copo de lana de dos pies de grosor delante de la espada y la hoja partió el copo por la mitad.

"Nunca se encontrará una espada mejor en la tierra de los hombres," dijo el rey, pero Wieland dijo que quería hacerla aún más afilada y dura. Esto le agradó al señor, y dejó que

Wieland fuera contento a la herrería y forjara de nuevo el arma de la misma manera que hasta entonces.

Tan pronto como Nidung vio la espada en la herrería de Wieland, quiso llevársela, pues, según creía, en verdad no se podía obtener una joya más preciosa que esta arma.

Y cuando pasaron tres semanas, Wieland había fabricado una espada que tenía una empuñadura espléndida y cuya hoja estaba damasquinada en oro y pulida. De nuevo se dirigió con el rey al río, tenía a mano un copo de lana de tres pies de grosor, que lanzó a la corriente y sostuvo la espada quieta contra él, y la hoja cortó el copo tan fácilmente como el agua del río.

Entonces Nidung dijo, admirado:

"Aunque uno buscara por todo el mundo, no encontraría una espada tan buena y hermosa como esta. Esta espada blandiré cuando me enfrente a mis enemigos."

"Nadie debe poseer esta espada más que vos, Señor Rey," dijo Wieland, "pero antes quiero equiparla con vaina y tahalí, para que sea un arma digna de un rey."

Nidung estuvo completamente de acuerdo, y Wieland fue entonces a la herrería e hizo una segunda espada, tan parecida a la primera que nadie podía distinguirlas. La primera, forjada con más cuidado, la escondió bajo los fuelles de la herrería y dijo:

"¡Te nombro Mimung, en honor a mi primer maestro! ¡Yace aquí en paz, quién sabe si no te necesitaré alguna vez!"

Wieland había terminado ahora su obra y iba cada día a la mesa del rey y le servía de la manera acostumbrada hasta el día fijado. Cuando este llegó, Amilias tomó ya de madrugada sus calzas de hierro, se las ajustó, salió al mercado y se mostró en ellas. Todos admiraron entonces la excelente armadura, forjada de manera excepcionalmente buena, y alabaron al herrero diligente y hábil. Cuando llegó la hora del desayuno, se enfundó la cota de malla; era ancha y larga y de doble elaboración. Orgulloso, fue así al salón del rey, y todos opinaron que era la cota de malla más fuerte y mejor que jamás hubieran visto. Cuando llegó ante la mesa, se puso también el yelmo en la cabeza, que estaba finamente pulido, maravillosamente fuerte y duro, y al rey le gustaron mucho estas armas.

Una vez terminada la comida, Amilias salió con Wieland y el rey a un lugar donde había una silla. En ella se sentó el herrero y dijo que estaba listo para dirimir la apuesta. Wieland se dirigió en silencio a su herrería, recogió la espada Mimung y volvió con la hoja, dura y afilada como una navaja. Se colocó entonces detrás de la silla y apoyó el filo de la espada sobre el pesado yelmo de Amilias, cuya hebilla fue cortada como sebo, mientras le preguntaba si sentía algo. Entonces Amilias, ufano de victoria, gritó:

"¡Golpea con todas tus fuerzas, lo necesitarás!"

Entonces Wieland presionó con fuerza con la espada, de modo que atravesó yelmo, cabeza y cota de malla hasta llegar a la hebilla del cinturón.

"¿Qué es eso?" preguntó Amilias. "Me parece como si agua fría fluyera por mi cuerpo."
"Sacúdete," gritó Wieland.

Amilias quiso hacerlo, pero al hacerlo cayó en dos pedazos de la silla y estaba muerto. Los hombres lo vieron con asombro, y más de uno dijo:

"Siempre, cuando la arrogancia se eleva más alto, viene la caída más rápida."

Ahora el rey le pidió a Wieland la espada, para llevar desde entonces la buena arma.

"Dejadme ir primero a buscar la vaina y el tahalí, Señor," respondió Wieland, "luego os lo entregaré todo junto."

El rey estuvo de acuerdo, pero Wieland, en el taller, arrojó la Mimung bajo los fuelles de la herrería, metió en su lugar la otra espada en la vaina y se la llevó al rey. El rey la aceptó con grandes agradecimientos y creyó con seguridad poseer la espada maravillosamente afilada, que consideraba la joya más grande del mundo. Wieland alcanzó entonces grandes honores. Forjó para el rey todo tipo de joyas de oro, plata y bronce, y se hizo tan famoso en las tierras del norte que de un herrero que supiera forjar mejor que otros. Se decía: *sería un Wieland en arte y habilidad.*

De cómo Wieland fue proscrito y desterrado

Un día, Nidung estaba sentado a la mesa, cuando llegaron unos mensajeros ante el rey e informaron de que un gran ejército vikingo había invadido su reino, causando daños por todas partes. Nidung reunió inmediatamente a su gente de guerra y marchó al encuentro de los invasores, para lo cual tuvo que hacer cinco días de marcha hasta encontrarlos. Cuando los dos ejércitos se hubieron acercado tanto que sólo quedaba un día de marcha entre ellos y, por lo tanto, era de esperar que pronto se produjera la batalla, al rey Nidung de repente se le ocurrió que su piedra de la victoria se había quedado en casa. En aquel tiempo, algunos reyes poseían una piedra así, que tenía la propiedad de que aquél que la llevaba consigo ganaba la victoria. Pero no está seguro si esto provenía de la propiedad de la piedra o de la confianza que el portador tenía en ella. Sea como fuere, al rey Nidung le pareció muy mal que su piedra de la victoria no estuviera en su posesión, y mandó llamar a sus amigos y héroes más leales y dijo que daría la mitad de su reino y la mano de su hija Badhild a quien le trajera la piedra antes de que se produjera la batalla. Hizo esta oferta a los más nobles y distinguidos de sus compañeros de lucha, y finalmente, como ninguno se atrevía, preguntó también a su herrero Wieland. Entonces dijo Wieland:

"Señor Rey, por vuestro deseo, cabalgaré, si cumplís lo que habéis prometido."

Nidung respondió solemnemente:

"Queremos y cumpliremos todo bien, tal como lo hemos jurado."

Tras esto, Wieland cabalgó sobre su corcel Schemming, que era tan rápido como un pájaro del cielo. Cabalgó sin descanso sobre montes y valles y llegó en un día y una noche tan lejos como

el ejército del rey en cinco días. A medianoche llegó al castillo del rey y recogió la piedra de la victoria.

Dejó descansar a su corcel sólo un breve tiempo y luego cabalgó de regreso todo el camino. Schemming voló como un halcón, y Wieland divisó, cuando el sol se elevaba en el cielo oriental, de nuevo las tiendas del ejército del rey. Dejó entonces que su ágil corcel fuera despacio, para que poco a poco recuperara el aliento.

En eso, salieron del campamento siete hombres a caballo, que se lanzaron al galope hacia el solitario Wieland. Era el senescal:

"Verdaderamente, eres un hombre admirable, que cumples todo lo que quieres. Seguramente tienes la piedra de la victoria contigo?"

Wieland replicó:

"He cumplido mi servicio lo mejor que pude, y espero tener la piedra correcta conmigo."
"Dame la piedra de la victoria," dijo el senescal, *"la conozco y se la llevaré al rey, te daré oro y plata por ella, todo lo que quieras."*
"Podrías haber ido tú mismo a buscar la piedra," respondió Wieland. *"Difícilmente creo que la piedra salga de mi mano, y no me parece correcto que me hagas una petición así."*

Entonces gritó el senescal, furioso:

"¿Crees acaso, necio, que el rey te dará a ti, un herrero y un hombre llegado de ninguna parte, a su hija, a quien los jóvenes de los mejores linajes cortejan en vano? Pero ahora darás la piedra o tu vida".

"¡Atacad, hombres!" gritó, ya que Wieland callaba, a sus compañeros, que desenvainaron inmediatamente las espadas y se abalanzaron sobre el herrero. Pero éste, como un rayo, había desenvainado su buena espada Mimung y partió de un golpe el yelmo y la cabeza del senescal, que cayó muerto del caballo. Al siguiente oponente le cortó el cuello, de modo que la cabeza salió volando al campo, y los cinco restantes huyeron despavoridos al ver esto.

Despacio, Wieland cabalgó tras ellos y, después de limpiarse el polvo y la sangre, llegó ante Nidung, a quien entregó la piedra de la victoria. El rey lo recibió bien y le preguntó por el desarrollo del viaje. Entonces Wieland relató toda la aventura y que había matado al pérfido senescal.

Por ello, el rey se enfureció mucho y dijo:

"¡Ay de ti! ¡Has matado a mi servidor más leal y mejor! ¡Vete al instante de aquí y no vuelvas nunca ante mis ojos, o si no, te haré colgar como a un ladrón!"

Wieland se puso rojo como la sangre y gritó con fuerza:

"¡Palabras tan infames pronuncias contra mí, rey Nidung, porque quieres que nuestro pacto quede sin efecto! Te arrepientes de tu palabra dada, pero tu infidelidad te dará malos frutos!"

Se marchó con el rostro sombrío de la tienda del rey, saltó sobre su corcel Schemming y cabalgó lejos, nadie sabía adónde.

El rey Nidung, sin embargo, hizo sonar el cuerno de guerra y luchó ese mismo día contra los vikingos, a quienes infligió una gran derrota. Limpió y pacificó la tierra y regresó a casa con grandes honores, pues volvió victorioso y lo había cumplido todo bien. Pero de Wieland no se supo ni noticia ni rastro.

La Mutilación de Wieland

Wieland tenía dos hermanos: Eigil y Slagfider, que vivían en una desolación deshabitada por otros humanos, llamada *El Valle de los Lobos*. Allí se habían construido dos cabañas, y Wieland, que se había dirigido allí, construyó ahora para sí una tercera cercana. Los tres se sustentaban de la pesca y la caza. Una mañana, cuando habían salido de nuevo, oyeron voces femeninas a la orilla del lago y se acercaron sigilosamente. Entonces vieron a tres doncellas sentadas en la orilla, que hilaban lino y reían y bromeaban alegremente entre sí. Eran valquirias, pues junto a ellas yacían sus túnicas de cisne, que se habían quitado.

Con pasos inauditos, los hermanos se acercaron sigilosamente, tomaron las túnicas de cisne y las escondieron bajo hojas y musgo en una piedra hueca. De esta manera se les hizo imposible a las valquirias escapar volando y tuvieron que quedarse con los tres hermanos, quienes se desposaron con ellas.

Eigil escogió a Ölrum, Slagfider a Swanwit y Wieland a Alwit por esposa. Siete inviernos vivieron en paz juntos, pero en el octavo ocurrió que las mujeres, mientras sus maridos estaban de caza en el bosque, descubrieron por casualidad la cueva donde estaban escondidas las túnicas de cisne. Una gran excitación se apoderó de ellas, no pudieron resistir, se pusieron las túnicas y echaron a volar.

Cuando los tres cazadores, cansados del camino, regresaron del bosque, encontraron la cabaña vacía. En vano entraban y salían y miraban por todas partes; no se encontraba en ninguna parte a las fugitivas. Entonces Eigil partió hacia el este, en busca de Ölrun, y Slagfider se dirigió al sur, para buscar a Swanwit. Solo Wieland se quedó solitario en *El Valle de los Lobos* y aguardó fielmente, por si la amada y dolorosamente añorada Alwit no regresaba.

Afligido, pasó muchos días así y forjaba oro rojo, que aún poseía desde su tiempo con los enanos, haciéndolo anillos en el yunque, uno cada día, para saber cuántos días hacía que Alwit se había separado de él. Pues ella le había dado tiempo atrás un anillo de oro como prenda de fidelidad y la seguridad de que este anillo mágico siempre la atraería de vuelta a él. Este lo colgó de una cuerda de tilo y cada tarde añadía un anillo nuevo, recién forjado y muy similar, de modo que gradualmente se formó toda una cadena de anillos de oro.

Entonces llegó a oídos del rey Nidung la noticia de que Wieland, solitario, se encontraba en la fragua del *Valle de los Lobos* y que tenía consigo una gran cantidad de oro. Inmediatamente

cabalgó en una noche de luna clara con un grupo de hombres armados. Sus yelmos brillaban bajo la luz de la luna. Cabalgaron en silencio, se apearon suavemente ante la puerta y entraron en la fragua. No encontraron a Wieland, que en ese momento estaba cazando en el bosque, pero divisaron los brillantes anillos de oro, setecientos en total, colgados de la cuerda de tilo, y desataron el cordel. Nidung tomó uno de los anillos y se lo guardó. Luego se escondió con los suyos cerca y esperó al herrero. Wieland llegó, cansado de la agotadora caza, se acercó al fuego, al que echó leños secos de pino, y asó la carne del oso que había cazado. Mientras la carne se asaba al fuego, contó los anillos y echó en falta uno. Entonces se alegró su corazón, pues pensó que la amada Alwit había regresado y, para sorprenderle, se había escondido después de tomar el anillo.

Alegre se acostó para dormir, pero triste despertó, pues sintió grilletes en manos y pies.

"¿Quiénes son los ladrones," gritó, "que pusieron grillos al hombre pacífico y me ataron mientras dormía?"

Entonces Nidung se adelantó y habló:

"Yo soy, tu señor. Tomé este anillo de oro de la cuerda porque lo considero de mi propiedad. ¿De dónde sacaste el oro con el que has forjado tantos anillos aquí en el Valle de los Lobos?"

"Aquí no se encontró oro," replicó Wieland; "¡lejos está esta tierra de las montañas del Rin! Cuando una vez fuimos compañeros de casa, poseía más tesoros."

Se negó con rebeldía a dar cualquier información sobre el oro, pero Nidung se lo llevó cautivo y lo instaló en la pequeña isla de Söversted, donde le dispuso una fragua en una cabaña.

Wieland pensaba en vengarse, pues Nidung no sólo le había quitado el anillo de oro y se lo había dado a su hija Badhild, sino también la afilada espada Mimung, que cortaba el bronce y el hierro.

Se disfrazó para no ser reconocido y se escabulló a escondidas al castillo de Nidung, donde nadie lo reconoció. Entró en la cocina y se hizo pasar por un cocinero extranjero. Fue contratado y ayudó a los otros cocineros. Mientras tanto, mezcló un hechizo de amor en la comida destinada a Badhild. Ahora bien, la doncella tenía un cuchillo, forjado por enanos, que resonaba cuando se cortaba con él una comida en la que se hubiera mezclado veneno o cualquier otro hechizo.

Cuando Badhild cortó la comida preparada por Wieland, el cuchillo resonó, y la recelosa doncella se lo dijo a su padre. Este ordenó que se buscara inmediatamente al cocinero y se lo llevara a la sala, y allí fue descubierto Wieland. El rey le dijo:

"Has obrado mal contra mí y contra mi hija, y eso te será pagado, aunque no perderás la vida, a pesar de que tramabas algo malo. Quiero castigarte según el consejo de mi mujer e inutilizarte."

Hizo una seña a sus sirvientes, que derribaron y ataron al hombre indefenso. Acto seguido le cortaron los tendones de las rodillas y los pies. Al que gemía, el rey lo mandó llevar de vuelta a la fragua. Allí yació Wieland muchas semanas en necesidad y dolor y juró en silencio vengarse de

los indecibles tormentos que había tenido que sufrir. Cuando finalmente las heridas sanaron, el rey Nidung fue de nuevo a verle y le dijo:

"No quiero prescindir de tu arte, Wieland, por eso fuiste lisiado, en lugar de que la muerte te hubiera llegado como merecido castigo. Ya que ahora no puedes huir más de mí, quiero que me forjes todo lo que tu mano sea capaz. Quiero compensarte tus dolores con bienes ricos, si vuelves a forjar para mí, como antaño."

Con estas palabras le dio dos muletas, depositó al mismo tiempo una pesada barra de oro junto a la fragua, y Wieland se arrastró entonces de nuevo hacia el amado yunque, del que no quería prescindir, y forjó como antaño. Parecía apacible y amable y parecía haberse resignado a su destino, pero en su interior rumiaba venganza y a menudo hablaba furioso para sí:

"¡El rey lleva la espada Mimung, que yo forjé, la hija del rey lleva mi anillo de oro. Yo mismo, en cambio, estoy deshonorado y mutilado para el resto de mis días. ¡Esto debe ser vengado con la ira de Odín!"

La Venganza de Wieland

El rey Nidung tenía, además de su hija, tres hijos, de los cuales el mayor, Otvin, estaba lejos, como defensor en las fronteras del reino, mientras que los otros dos estaban aún en edad infantil. Un día de invierno ocurrió que los dos niños llegaron con sus arcos a la fragua de Wieland y le pidieron que les forjara flechas. Pero Wieland se negó, porque no tenía tiempo para ello.

"Aunque seáis hijos del rey," dijo, "no quiero forjar nada para vosotros sin el conocimiento y la voluntad de vuestro padre. Pero si no queréis que vuestro padre lo sepa, debéis prometerme algo, que es fácil de cumplir."

Preguntaron qué era eso.

"Debéis," continuó Wieland, "venir temprano por la mañana, cuando aún no tenga trabajo. Debéis escoger un día en que haya caído nieve fresca, y debéis andar hacia atrás desde la sala hasta la fragua."

A los niños les importaba poco si iban hacia atrás o hacia adelante, ya a la mañana siguiente, pues en la noche había caído nieve fresca, volvieron a la fragua y pidieron a Wieland que les forjara ahora las flechas. Wieland no se mostró remolón, trajo todo lo necesario y mientras abría la puerta y la volvía a cerrar bien fuerte. Luego agarró su martillo y mató a los dos niños, cuyos cadáveres arrojó a un pozo profundo bajo los fuelles de la fragua.

Cuando se sentaron a la mesa, se buscó a los niños, pero no aparecían por ninguna parte y se supuso que habían ido al bosque a cazar, o a la orilla del mar a pescar. También fueron a ver a Wieland a la fragua y le preguntaron por ellos. Él dijo:

"Han estado aquí, y les hice flechas porque me lo pidieron. Lo más probable me parece que hayan ido al bosque a disparar a los pájaros."

Cuando los mensajeros del rey regresaban a casa, vieron en la nieve las huellas de los niños, que corrían hacia la sala del rey, y se lo dijeron. Nidung mandó entonces buscar a sus hijos por el bosque y la orilla, pero no aparecieron, y así creyó al final que habían muerto en el bosque por animales salvajes o en la orilla por imprudencia; durante semanas se buscó por todas partes, pero todo fue en vano.

Cuando terminaron las pesquisas, Wieland sacó los cadáveres y les raspó la carne de los huesos. Los cráneos los engastó en oro y plata e hizo copas para beber, de los huesos de los hombros y las caderas hizo cuencos para hidromiel con borde de oro, de los otros huesos hizo mangos de cuchillo, pipas y candelabros para la mesa del rey, y así de cada miembro algo para el servicio de mesa. El rey apreciaba mucho estas joyas sumamente artísticas, y se ponían cuando Nidung tenía a hombres destacados y nobles como invitados.

Así pasó un buen tiempo, y entonces ocurrió que Badhild, la hija del rey, había ido con sus doncellas al jardín de hierba y allí, jugando, rompió el valioso anillo de oro que Nidung le había regalado, de modo que ya no servía. Esto no se atrevía a decírselo ni a su padre ni a su madre, y por eso se aconsejó con su criada de confianza sobre cómo podría remediarse el percance. Esta dijo:

"Wieland seguramente restaurará el anillo."

Este consejo se llevó a cabo. La criada fue a la fragua de Wieland y le rogó que arreglara el anillo de Badhild. Wieland respondió:

"Sin orden del rey no puedo forjar joya alguna, pero si la hija del rey viene ella misma a mí y me lo pide, entonces veré qué se puede hacer."

La criada volvió a casa y le contó esto a la hija del rey; esta no estaba descontenta con la respuesta del herrero.

"Eso no será un impedimento," dijo, "siempre que Wieland se muestre entonces más dispuesto a trabajar cuando yo misma vaya a verle."

Badhild se puso inmediatamente en camino hacia la fragua. Cuando estuvo allí y le ofreció el anillo, Wieland lo tomó y lo cambió por el auténtico anillo de Alwit, que tenía la propiedad de atraer a su portador con amor hacia Wieland. El atrevido herrero se lo puso en el dedo, la miró con sus ojos centelleantes y le dijo:

"Recibirás este anillo mucho más hermoso, según el cual hice una vez el roto, si te entregas a mí". Entonces la doncella no pudo resistir y se desposó en secreto con él.

Cuando se separaron, acordaron que no dirían a nadie lo ocurrido, pues deseaban que el vínculo matrimonial secreto permaneciera oculto para todos.

Por esa época llegó Eigil, el hermano de Wieland, a la corte de Nidung, pues Wieland le había hecho llegar un mensaje en secreto. Era un hombre muy hábil y el mejor de todos los arqueros que se podía encontrar.

El rey lo acogió bien, y permaneció mucho tiempo en la corte. Un día se habló de la alabada habilidad de tiro de Eigil, y el rey opinó si se atrevería a disparar a una manzana puesta sobre la cabeza de una persona. Eigil lo afirmó. Entonces Nidung mandó traer al propio hijo del arquero y le pusieron una manzana en la cabeza. Luego ordenó a Eigil que apuntara y disparara bien, para que diera seguramente en la manzana con el primer disparo.

Eigil tomó las flechas, alisó el plumaje de una, la puso en la cuerda, apuntó y atravesó la manzana por el centro, de modo que la flecha se la arrancó de la cabeza del niño, que quedó ileso.

El rey admiró mucho el disparo y preguntó al arquero por qué había tomado tres flechas, si sólo se le permitía disparar una.

"Señor, no quiero mentiros," replicó Eigil, "si hubiera golpeado a mi hijo con la primera flecha, las otras dos estaban destinadas a vos."

Todos opinaron que eso era muy atrevido, pero el rey no le tomó a mal la osada palabra y siguió concediéndole su favor. De este disparo se habló en todas las tierras, y Eigil era el más alabado de todos los arqueros y uno de los hombres más respetados en Jutlandia.

Eigil visitaba a menudo a Wieland, pero Badhild se dejaba ver poco con él. Entonces el herrero rogó a su hermano que pidiera a la hija del rey un encuentro con él, y a este deseo accedió Eigil. Los dos se reunieron y hablaron entre ellos de muchas cosas, y el resultado de su conversación fue que Wieland no quería otra esposa que Badhild, y ella ningún otro hombre que Wieland. Al despedirse, él le dijo:

"Has de saber que serás madre de un niño. Puede que entonces yo ya no esté aquí y no llegue a ver a mi hijo. Pero tú le anunciarás que le he forjado armas y las he guardado donde el agua entra y el aire sale!" (la fragua).

Badhild recordó bien las palabras de Wieland y se separó de él profundamente conmovida.

Cuando Wieland se reunió de nuevo con Eigil, le pidió que le trajera todo tipo de plumas, grandes y pequeñas, pues quería hacerse una túnica con ellas. Entonces Eigil se fue al bosque, cazó muchas aves de rapiña y llevó las plumas a la fragua. Con ellas Wieland se hizo una túnica voladora, y cuando estuvo terminada, parecía el plumaje desprendido de un águila o buitre grande. Eigil admiró la obra de arte como merecía, y Wieland le invitó a probarla. Eigil tocó la túnica y dijo:

"¿Cómo debo elevarme y volar y cómo debo posarme?"

Wieland respondió:

"Debes elevarte contra el viento y volar primero bajo y luego alto, pero debes posarte con el viento."

Entonces Eigil se metió en la túnica de plumas y se elevó por los aires, tan rápido como el pájaro más veloz. Pero cuando quiso posarse, se estrelló con la cabeza con tanta fuerza contra el suelo que casi se rompió el cuello, y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, Wieland dijo:

"Ahora dime, hermano Eigil, ¿sirve de algo la túnica de plumas?"

"Si fuera tan fácil posarse con la túnica," dijo Eigil, "como volar con ella, ahora estaría en otra tierra, y tú no la recuperarías nunca."

"Entonces quiero mejorar lo que aún falta," dijo Wieland y cambió algo en la túnica.

Luego, con la ayuda de Eigil, se metió en el plumaje, batió las alas y se elevó alto en el cielo, tras lo cual se posó en la almena del castillo y gritó así a Eigil:

"No te dije todo cuando te aconsejé que te posaras con el viento, pues sospechaba que no me devolverías la túnica si supieras lo buena que es. Pero puedes recordar que todas las aves se elevan contra el viento y también se posan así. Ahora quiero contarte mi intención: quiero irme a casa ahora con mi túnica de alas, pero antes me gustaría cambiar unas palabras con el rey Nidung. Si digo algo que no le guste al rey y él te obligara a disparar contra mí, apunta entonces bajo mi brazo izquierdo, ahí debajo he atado una vejiga llena de sangre. Ahí puedes apuntar con tu flecha, para que no causes daño a la vida de tu propio hermano."

Acto seguido, Wieland voló a la torre más alta del castillo real y le gritó al rey cuando este se dirigía a la sala con su séquito.

Cuando Nidung vio al herrero alado, preguntó asombrado:

"¿Cómo! ¿Eres acaso un pájaro, Wieland? ¡Ciertamente obras muchas maravillas!"

"Señor," replicó Wieland, "a veces soy un pájaro y a veces un hombre, pero ahora pienso marcharme, y nunca más me tendrás en tu poder mientras vivas. ¡Escucha lo que te anuncio para despedirme! Tiempo atrás me prometiste darme a tu hija y la mitad de tu reino. Pero en lugar de eso, me hiciste proscrito porque me defendí y maté al traidor que quería matarme."

"Luego me asaltaste mientras dormía y me robaste mis armas y mis tesoros. Y no te bastó con eso, hiciste que me cortaran los tendones de mis pies y me convertiste en un lisiado. Yo, sin embargo, lo recordaba, aunque era impotente contra ti, y te hice muchas cosas para crear discordia. ¿Sabes dónde han ido a parar tus hijos?"

"¡Mis hijos!" gritó Nidung, "¡oh, dime por todos los dioses, qué sabes de mis niños!"

Wieland respondió:

"Primero debes jurarme todos los juramentos: por el borde del barco y el borde del escudo, por el lomo del caballo y el filo de la espada, que no matarás a mi prometida o a mi mujer, aunque la mujer y el niño te sean bien conocidos."

Nidung prestó los juramentos, y entonces Wieland anunció:

"Ve a mi fragua, allí encontrarás en el foso los restos de tus hijos. Los hice desaparecer y te he hecho copas de sus cráneos, todo tu servicio de mesa está hecho con los huesos de tus hijos".

"Y tu hija Badhild es mi mujer; en la fragua llena de hollín sellé con ella el vínculo matrimonial, sin tu deseo y voluntad".

"¡Así te he pagado con la misma moneda y nuestro trato ha terminado!"

Con estas palabras alzó sus alas, entonces Nidung gritó furioso:

"¡Eigil, dispara a Wieland!"

"¡No puedo hacer eso contra mi hermano!" replicó éste.

"Dispara," gritó Nidung, "¡o si no, estás muerto! ¡Sólo entonces puedes obtener clemencia si le derribas de un disparo!"

Entonces Eigil puso una flecha en la cuerda y disparó a Wieland bajo el brazo izquierdo, de modo que manó un chorro de sangre, y el rey y su gente pensaron que eso sería su muerte.

Pero Wieland voló a casa, a Selandia, y vivió allí en la heredad que su padre Wadi había poseído.

Al rey lo consumió la pena y el rencor. Enfermó y murió poco después de este suceso. Pero el reino lo tomó posesión su hijo Otvín, que se hizo querer por todos por su bondad y justicia. También fue bueno con su hermana y le dio una herencia propia para vivir. Allí dio a luz a un niño, que fue llamado Widia.

Wieland se enteró al cabo de un tiempo de este suceso en su casa de Selandia y envió mensajeros al rey Otvín, que tenían que pedirle paz y reconciliación. El rey quiso reconciliarse con su cuñado y le prometió seguridad y un salvoconducto sin peligro.

Wieland viajó entonces a Jutlandia y fue recibido aquí con todos los honores. El rey Otvín celebró una gran boda, en la que Badhild le fue desposada solemnemente y se le planteó si quería permanecer para siempre en la corte real.

Wieland dijo que estaría a la voluntad del rey en todo, pero que le parecía más agradable permanecer en su patria y en la herencia de su padre. El rey Otvín no le puso objeción y, a pesar de ello, le prometió su amistad.

Wieland viajó entonces a casa, a Selandia, y con él su esposa y su hijo de tres años. El rey le dio dinero y bienes de forma generosa, y se separaron como buenos amigos. Vivió luego en Selandia largos años y fue famoso en todo el mundo por su habilidad y arte, y su hijo Widia se convirtió en un héroe poderoso, muy alabado en cantares.

Así termina la historia de Wieland, el herrero de las tierras del norte.

Wi - land, el he - rre - ro, no te can - ses de lu - char,
bus - ca tu sen - de - ro y po - drás ha - llar la paz.

No - te drás can - ses de lu - char.
Po - drás en - con - trar la paz.

No - te drás can - ses de lu - char.
Po - drás en - con - trar la paz.

1. óp - ti - mo pre - mio con - se - guir. 2. con - se - guir. _____
mag - no pre - mio con - se - guir. con - se - guir. _____
mag - no pre - mio con - se - guir. con - se - guir. _____

Al fi - nal po - drás tu mi - sión cum - plir,
Al fi - nal po - drás tu mi - sión cum - plir,
Al fi - nal po - drás, tu mi - sión cum - plir,

Aportación de IdeasWaldorf